



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS

LECTURA SESIÓN 9

CT 117 HISTORIA DE LA IGLESIA II

Galindo, Florencio. “Evangelicalismo, fundamentalismo y pentecostalismo. El protestantismo americano”. En *El “fenómeno de las sectas” fundamentalistas: la conquista evangélica de América Latina*, 141-169. Estella: Verbo Divino, 1999.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

Capítulo tercero:

Evangelicalismo, fundamentalismo y pentecostalismo

El protestantismo americano

Las formas predominantes del protestantismo americano son el resultado de largos procesos de reinterpretación y adaptación (del protestantismo europeo) a los modos de vida del colono americano, procesos que cristalizaron en determinados principios, valores y actitudes

¿Cuáles son tales formas predominantes? Para comprender la oferta del protestantismo misionero en América Latina, el propósito de este capítulo es describir los rasgos típicos del protestantismo americano con relación al europeo y analizar luego, entre las innumerables formas que éste presenta hoy día, las que llegaron a ser predominantes y han sido determinantes en su proceso de difusión en nuestro continente: el evangelicalismo, el fundamentalismo y el pentecostalismo. De estas tres formas, el evangelicalismo, que según lo dicho antes era casi sinónimo del protestantismo de los EE.UU. cuando éste comenzó su misión en A.L., es como el tronco del cual se desarrollaron con el tiempo las otras dos.

1. El protestantismo americano

Si el pueblo español que conquistó América hace 500 años comprendía a Dios y al mundo a partir de un concepto propio del catolicismo, que en parte correspondía a los principios básicos del cristianismo y en parte era manipulado para fines extraños, los

¹ *Willems, E.*: Followers of the New Faith, 6.

misioneros protestantes que llegaron a conquistar a A.L. en el siglo pasado iban también motivados por la comprensión de Dios, del hombre y del mundo que era típica de su país y que habían heredado de su religión. Y también ésta correspondía en parte a los principios del cristianismo, y en parte era manipulada para fines extraños.

Conforme a la tradición de la Reforma en general, estos misioneros sacaban de la Biblia las imágenes con que construían su mundo ideológico. Pero mientras la Reforma en Europa había comenzado como intento de reformar la Iglesia católica, el protestantismo americano se centró pronto en la reforma del individuo, reforzando esta tarea con rasgos apocalípticos, es decir, considerando el nacimiento de los EE.UU. como símbolo del fin de los tiempos y comienzo de un «nuevo cielo y una nueva tierra». La travesía del océano había sido una réplica de la travesía del desierto por Moisés y su pueblo, y los «padres fundadores» se consideraron a sí mismos predestinados por Dios para ser la semilla de un nuevo pueblo suyo, con todos los privilegios que el A.T., atribuye a Israel frente a los pueblos paganos que lo rodeaban.

Esta comprensión básica del pueblo americano, cuyas raíces están en el calvinismo y el puritanismo en que habían crecido los primeros inmigrantes, se concretó en tres rasgos típicos del concepto que tanto el pueblo americano como los individuos que lo forman tendrán de sí mismos: el sentido de la elección divina, la asociación de la salvación con el bienestar y la acumulación de riqueza, y el individualismo como distintivo de todos los sectores de la vida. Estos son los rasgos básicos del protestantismo americano, anteriores a toda ramificación ².

El sentido de la elección, que algunos autores relacionan con la vieja convicción de Inglaterra, de haber recibido de Dios el encargo de hacer cumplir sus designios en la tierra, llevó a que ya las primeras colonias americanas se sintieran llamadas a asumir la reedificación de este mundo. De aquí nacerá luego la idea del «destino manifiesto», la misión de transmitir al resto del mundo las experiencias y estilo de vida americanos, como garantía de salvación, aunque esto implique el imponerle por la fuerza los propios valores y sistemas. Este sentido de la elección, que originalmente re-

² Para una presentación amplia de esta problemática, cf. *Robert Bellah*, *The Broken Covenant: American Civil Religion in Time of Trial*, New York; Seabury Press, 1975, p. 3; y *John A. Grindel*, *Whither the U.S. Church? Orbis*, New York 1991, esp. cap. 3 y 8.

calcaba la obligación de ser buen ejemplo y garantía de libertad para todo el mundo, llevó ya en los comienzos al desprecio y opresión de los negros y de los indígenas por parte de los anglosajones, los blancos. De ahí resultarán luego el racismo, la discriminación y los prejuicios, comunes en todas las capas sociales, hacia todos los que tengan un color, un idioma o una religión diferentes, así como la convicción de que América debe imponer su tipo de vida, sus estructuras y sistemas al resto del mundo, y que sus intereses, y ante todo su seguridad nacional, tienen primacía frente a los de cualquier otro país. La política exterior de los EE.UU. se rige en gran parte por la arrogancia y sentido de superioridad que nacen de este sentido de elección y destino manifiesto.

La identificación de la salvación con el éxito y la acumulación de riqueza tiene relación con el gran valor que el puritanismo daba al trabajo, y la convicción de que Dios no deja sin recompensa a quien trabaja con empeño. Combinado con el racionalismo económico del siglo 19, el éxito, representado ante todo en dinero, se convirtió en norma central de vida, y se lo interpretó hasta hoy como señal de bondad moral e indicio de salvación divina. Esta mentalidad ha llevado a que los ricos y poderosos sean quienes fijan las reglas de la convivencia, y que los pobres sean despreciados como culpables de su desdicha. Ha sido también la justificación para cualquier acción que los EE.UU. emprendan para asegurar su prosperidad y su seguridad nacional, no importa a qué costo para otros países, ante todo para los más vecinos. De aquí ha nacido también el descuido en tomar medidas de protección del medio ambiente, un problema que apenas ahora comienza a preocupar.

El *individualismo*, innato en todo ser humano, ha sido reforzado por el principio de la «sola Scriptura» y la norma pietista de que «cada uno es su propio sacerdote». Su influjo en todos los sectores de la vida ha marcado no sólo el concepto de la religión y de su función dentro de la sociedad y la relación de los individuos con su respectiva Iglesia, sino ha llevado además a la pérdida de sentido de las implicaciones sociales y políticas del propio trabajo para el bien común. La justicia es cuestión de libre competencia, en que cada cual busca por todos los medios lo que considera necesario para su fecundidad. La propiedad privada es un derecho absoluto, y la función del Estado es ayudar a que cada cual acreciente lo que tiene; una justa distribución de los bienes de la tierra no entra en esta visión. Proyectado a nivel nacional, los

ideales coinciden con los indicados como consecuencia del sentido de la elección: la máxima prioridad de la política exterior es la prosperidad y seguridad del propio país, y para defenderlas el criterio será la ley del más fuerte. El resultado de esta visión ha sido que los Estados Unidos han perdido la libertad para tomar en serio los problemas de pobreza y opresión que hoy determinan la vida en la mayor parte del planeta, mientras éstos no se sientan como amenaza inmediata a la propia seguridad.

La cultura dominante proyectada a la actividad misionera

Aunque gran parte de lo que hoy son los Estados Unidos fue colonizado por católicos franceses y españoles, la cultura dominante de los EE.UU. ha sido históricamente protestante. Los puritanos de las trece colonias en Nueva Inglaterra desarrollaron una cultura basada en modelos políticos ingleses combinados con teología calvinista. Ellos estaban convencidos de que Dios hacía un pacto especial con ellos, como pueblo escogido, y que sus empresas serían bendecidas con abundancia por la Providencia si eran fieles a las obligaciones resultantes de tal pacto.

Esta afirmación de Avery Dulles ³ confirma el hecho de que la cultura que identifica a los EE.UU. como nación está marcada ante todo por los tres rasgos descritos, aunque en ella hayan influido además otros factores culturales europeos, como los ideales de la Ilustración o Iluminismo, las revoluciones democráticas liberales, la revolución industrial capitalista, y luego los interrogantes nacidos de las revoluciones industrial y política de los países del Este después de la primera guerra mundial. La cultura en este sentido la define Dulles como «un sistema de significados encarnados en símbolos, transmitidos juntamente con la historia a nuevos miembros del grupo, a fin de que éstos se inclinen a pensar, juzgar y actuar de maneras determinadas».

Esta cultura se hizo conocida y se impuso al mundo después de la segunda guerra mundial; antes, su influjo se concentró en la conformación interna del país y, hacia afuera, en la orientación de las empresas misioneras. Hoy, con dimensiones de posguerra, se expresa en nuevas «estrategias para la toma evangélica de América Latina y del mundo».

³ *Avery Dulles, SJ: The Four Faces of American Catholicism*, en: *Louvain Studies*, Univ. de Lovaina, Verano 1993, 100.

2. El Evangelicalismo o Movimiento Evangelical (ME)

2.1. *Protestantismo de justificación y de santificación*

El protestantismo histórico, descrito en el capítulo segundo, surgió, como el catolicismo, con el propósito de mostrar en qué consiste la salvación anunciada por Cristo y cuál ha de ser la actitud del hombre frente a tal oferta. Dios concede al hombre el don gratuito de la justificación, es decir, lo purifica de sus pecados sin méritos previos; pero se supone que como fruto de la justificación el hombre llevará una vida correcta, vivirá en «justicia»; al morir, su salvación se habrá hecho definitiva.

Sin embargo, este protestantismo de *justificación* parecía defender un concepto demasiado objetivo de la salvación y reducir al hombre casi a simple receptor pasivo. Por eso no tardó en ser cuestionado: la sola justificación no es suficiente, es necesario que el hombre haga también algo de su parte para mantenerse dentro del proceso de salvación e incluso para intensificarlo; a la justificación debe seguir la santificación. Con esto entramos al protestantismo de *santificación*, que se concretará en diversos *movimientos de santidad*, divergentes por el camino de santificación que proponen. El primer modelo fue el metodismo de John Wesley, que veía la santificación en el compromiso social por mejorar la situación de quienes sufren en el mundo. A esta propuesta seguirán otras, especialmente en el protestantismo americano, dando lugar a lo que se llamará luego Evangelicalismo o Movimiento Evangelical, en el cual sin embargo el concepto de santidad de Wesley irá cediendo más y más el terreno a otros de tipo más individualista y de diferentes modalidades. Los análisis que siguen aspiran a hacer patente este proceso.

2.2. *¿Evangélico o Evangelical?*

El término *Evangélico*, traducción del inglés *evangelical*, es ambiguo. En A.L. se lo suele aplicar a toda agrupación cristiana o semicristiana no católica, desde los luteranos hasta los mormones, y las propias comunidades protestantes, tanto las del protestantismo histórico como las del Movimiento Evangelical, se suelen designar a sí mismas como evangélicas. Para evitar esta confusión, y teniendo en cuenta lo dicho al respecto al proponer la tipología para A.L., usaré en adelante el término *evangelicales* cuando se trata de los pertenecientes al ME y sus derivados, fundamentalismo y pentecostalismo.

El término *evangélico* aparece ya en el siglo segundo aplicado a algo que es conforme al Evangelio o se inspira en él: «consejos evangélicos», «vida evangélica y apostólica». Lutero lo usó para designar doctrinas y actitudes deducidas del Evangelio como crítica a la Iglesia católica, y pronto se impuso como nombre genérico de la Reforma y de sus seguidores, con la ventaja de expresar mejor que «protestante» o «luterano» su objetivo central. Anteriormente se recordó cómo las anabaptistas se preciaban de haber sido los primeros en ser llamados «evangélicos». En este sentido se usa hoy el término cuando se habla por ejemplo de la Iglesia Evangélica de Confesión Luterana (de origen alemán).

En Inglaterra el término *evangelical* adquiere ya en el siglo 18 un sentido especial. Se aplica a movimientos protestantes de renovación o reavivamiento que daban énfasis a una piedad más individual que comunitaria, al mandato misionero (Mt 28,19), e incluían en su concepto de misión el factor protesta contra la sociedad y la iglesia oficial, y la lucha por mejorar la situación de los obreros y marginados. Tales fueron, entre otros, el Metodismo y la Iglesia Baja (Low Church).

De Inglaterra el término pasa por el mismo tiempo y con el mismo sentido a los EEUU y se restringe más y más para designar grupos o movimientos protestantes que según G. Marsden presentan tres rasgos generales: comparten ciertos principios teológicos; a pesar de grandes diferencias evocan tradiciones y experiencias del pasado para deducir de ellas una orientación o tendencia común; y dentro del movimiento se forman grupos transconfesionales que sin romper con su denominación de origen actúan en coalición, a la cual ante todo se consideran vinculados. Se trata de los Evangelicales o Movimiento Evangelical (ME)⁴, con tal diversidad de tendencias que hoy se habla del «mosaico evangelical» (*EKL*).

2.3. Rasgos característicos

Para describir el ME no hay que perder de vista que se trata de una corriente dentro del protestantismo americano, y que por

⁴ Recuérdese lo dicho sobre la dificultad de distinguir siempre entre *evangélico* y *evangelical*. De hecho, en A.L. evangélico es en la mayoría de los casos sinónimo de evangelical. Evangelismo en vez de evangelización (Bosch, 1987) es extraño al castellano

tanto las características de éste son el primer elemento de su identidad. A ellas se añaden como específicos los rasgos siguientes ⁵:

a) Acentuación del factor subjetivo en la comunicación de la gracia, en el acceso a la Biblia y en la forma del culto: el momento de la justificación no es el bautismo sino la experiencia de la conversión, con la cual el fiel entra en relación personal con Cristo y se convierte en «renacido»; confianza absoluta en la Biblia como criterio único e infalible de la fe y la moral, y su recta interpretación como fruto sólo de la luz interior que cada cual recibe del Espíritu Santo; el culto se inspira en las normas del pietismo.

b) El Espíritu Santo comienza a hacerse presente en los bautizados a partir de la experiencia de conversión.

c) La predicación y la actividad misioneras, de fuerte carácter emocional, persiguen como objetivo principal el crecimiento de la Iglesia y tienen prioridad sobre cualquier actividad social.

d) La ética debe desarrollarse no a partir de situaciones concretas sino de la ley divina, revelada una vez por todas en la Escritura. La dimensión individual prima sobre la institucional; la ética social y política carecen de importancia. Se da tal énfasis a la acción del demonio, que la responsabilidad de los individuos ante lo malo que sucede en el mundo casi desaparece.

e) Énfasis en un cristianismo práctico, que rechaza tradiciones fijas y desconfía de toda teología.

f) El retorno de Cristo se espera para un futuro próximo, y el tiempo que resta es el último plazo concedido al creyente para decidir de su salvación.

2.4. *No una Iglesia sino un movimiento*

El ME no es una Iglesia o denominación sino un movimiento o tendencia que influye simultáneamente en diversas Iglesias. Según Barrett, el ME contaba en 1982 con cerca de 150 millones de adeptos⁶; en la actualidad se calculan en 175 millones (Frieling).

⁵ Cf. Stoll, D., 1988, p. 3; Schäfer, H., *Protestantismus in Zentralamerika*, Frankfurt 1992, 99.

⁶ Acerca del desarrollo histórico del ME ver sobre todo: *Marty, Martin E.*, 1981; *Marsden, G.M.*, 198C; *id.*: Art. Evangelical and Fundamental Christianity, en: *Eliade, M.*, 1987, vol. 5; *Marsden G.M.* (Edit.), 1984; *Fahlbusch*, TRT, Art. Evangelikale Bewegung; *Geldbach, E.*: Evangelikalismus, Versuch einer historischen Typologie, en: *Frieling*, 1984, 53-83; *id.* Art. Evangelikale Bewegung, en EKL, 1986; *Willems*, 1967; *Haiven, J.*, 1984.

Para apreciar su composición actual valga como ejemplo el Congreso Evangelical de Manila en 1989, conocido como «Lausanne II», en el cual participaron las denominaciones siguientes: Bautistas 25%, Anglicanos 20%, Reformados 15%, Luteranos 10%, Pentecostales 10%, Metodistas 5%, otras 15% ⁷. El ME comprende una línea radical (fundamentalismo) y una línea moderada (neo-evangelicalismo); como cabeza de esta última se reconoce hoy unánimemente al Dr. Billy Graham, pastor bautista de 74 años .

En cuanto a A.L., en 1986 los protestantes se calculaban en 38 millones; de éstos, 30% pertenecientes a las denominaciones históricas, tanto iglesias «de trasplante» de origen europeo como iglesias misioneras de origen americano; estas últimas en su mayoría tienen los rasgos básicos del evangelicalismo ⁸. Los otros 70% pertenecen a Iglesias o grupos no afiliados a las denominaciones históricas, y son en su gran mayoría pentecostales ⁹. Para 1992, la Cooperación Misionera Iberoamericana (COMIBAN), reunida en San José de Costa Rica (6-10 de octubre), coincidió en señalar como cifra aproximativa real de los evangélicos latinos, 65 millones, incluyendo a los hispanos de Estados Unidos y Canadá ^{10*}.

2.5. *Raíces en movimientos protestantes europeos*

Al estudiar el origen del ME lo primero que salta a la vista es la importancia del factor *sociológico*. Es una reacción de protesta contra la sociedad moderna y posmoderna, pero al mismo tiempo una asociación (simbiosis) de tendencias heterogéneas y hasta cierto punto complementarias, existentes en la misma sociedad (Marty). La protesta no era sin embargo un acto espontáneo, sino cristaliza sobre la base de movimientos de tendencia análoga que existieron antes en el protestantismo europeo o se desarrollaron en el protestantismo americano. En todo caso, el evangelicalismo es un movimiento específicamente americano (Marsden). En él se

⁷ The Pontifical Council for Promoting Christian Unity, Vatican City, Information Service N. 78 (1991) 169.

⁸ Cf. 4.2.2.: «El evangelicalismo es la forma propia del protestantismo en A.L.»

⁹ Monteiro de Lima, D., 1987, 52.

¹⁰ Luz para las Naciones, Boletín de COMIBAN Internacional, Guatemala, Enero/Marzo 1993, p. 3.

pueden distinguir pues un fondo histórico, con elementos europeos y elementos americanos, y a partir de ellos una teología propia. Las raíces europeas están ante todo en el puritanismo, el pietismo, el metodismo y diversos movimientos no conformistas.

2.5.1. *El Puritanismo*

Este movimiento, el de mayor influjo en el evangelicalismo y más tarde factor determinante en la formación del fundamentalismo, se desarrolló dentro del anglicanismo inglés para purificar a la Iglesia anglicana de todo resto de catolicismo”, y llegó a los EEUU con un concepto del mundo intrincado pero ya plenamente desarrollado. Su punto de partida era el énfasis de Calvino en la majestad y soberanía de Dios, con base sobre todo en el AT, y su concepto de la predestinación. Para el sistema puritano, el hombre no puede tener la menor influencia sobre la historia, y mucho menos con respecto a la salvación, pues todo está en manos de un Creador remoto, temible, arbitrario. Toda la fe que se tenga y todos los esfuerzos que se hagan, nada pueden cambiar en este orden; en la salvación de cada cual cuenta sólo el hecho de la predestinación por Dios. Es de notar, sin embargo, que no todo el protestantismo aceptaba esta posición radical de Calvino¹².

Dios predestinó en efecto algunas de sus criaturas caídas y estableció con ellas un *pacto*: El les daría el don gratuito de la salvación, y éstas se obligarían en cambio a obrar conforme a la ley de Dios. A partir de aquí, el puritanismo hizo suyas y profundizó otras doctrinas de Calvino, especialmente el valor de la conducta moral como criterio de fidelidad al pacto, y distinguió toda una serie de etapas en el proceso de conversión o «nuevo nacimiento» (elección, vocación, justificación, santificación, glorificación). Rechazando el ideal monástico, los puritanos se sentían obligados, como grupo escogido, a transformar el mundo según sus principios, como desde una nueva Jerusalén. Este ideal, que no les fue posible realizar en Inglaterra, se convirtió en la aspiración central de los emigrantes a América, uno de cuyos líderes, John Winthrop

¹² *Eliade, M.*, 1987, Art. Puritanism.

¹² Una especie de protesta contra esta visión radical del calvinismo fue la opinión del teólogo holandés Arminio (1560-1609): el hombre debe tener al menos la posibilidad de aceptar la gracia de Dios; ésta no es irresistible, se puede rechazar; un cristiano puede dejar de serlo («armínianismo*»); las iglesias en Holanda que han conservado esta tradición son conocidas como «Remonstrants»: *Barr, J.*: Fundamentalism (ed. ingl. 188).

(1588-1649), primer gobernador de Massachusetts, lo expresó así: «Seremos como una ciudad sobre una colina».

Esta convicción de ser el nuevo Israel en virtud de un pacto divino, el pueblo que habiendo sido ya redimido debe redimir al resto del mundo, reaparecerá desde entonces periódicamente en la historia política de EUA como una especie de «religión civil», concretándose cada vez más: el partido Republicano usará la metáfora de Wintrop sobre todo para apoyar el expansionismo internacional como misión de EUA, mientras los Demócratas aludirán a ella de preferencia para promover la justicia social dentro del país. En tiempos recientes, el demócrata John F. Kennedy la usó en este sentido en su discurso programático como presidente, comparándose él mismo con Wintrop, y el republicano Ronald Reagan se refirió muchas veces, sobre todo en su segunda campaña, a la «ciudad sobre una colina» para recalcar su concepto de EUA como «resplandeciente rayo de libertad que ilumina al mundo» y como «modelo de caridad cristiana». Geórgé Bush, por su parte, aunque sin citar directamente el discurso de Wintrop, trata de combinar el motivo tradicional republicano de expansión internacional con el demócrata de justicia social en casa, pero enfatizando siempre más el primero. El cree que «el amor de Dios, aunque libre, impone un costo: We have to be good to one another», dijo ante la Convención Republicana Nacional al aceptar la candidatura. En otras palabras, el pacto de elección divina debe motivar a los americanos a ser buenos con sus conciudadanos; pero, volviendo a la perspectiva del partido republicano, añadió en seguida: «la dedicación de América a la causa de la democracia ha llevado a otros países a optar por regímenes democráticos»¹³). Se ve así cómo el puritanismo es en mayor o menor grado parte integrante del concepto que los EE.UU. tienen de sí mismo y de su política global, incluso más allá de las fronteras confesionales. De Clinton no se puede esperar una actitud totalmente nueva, pero él, que siendo por familia miembro de una comunidad bautista, recibió una sólida formación en una universidad católica y se precia de «amar» a los jesuitas, sus profesores, de quienes declara haber aprendido que la religión cristiana exige respecto a los derechos de todos los hombres.

¹³ *McShane, Joseph: Wintrop's 'City upon a Hill' in Recent Political Discourse*, en: *AMERICA*, 1. 10. 1988, 194ss.

2.5.2. *El pietismo*

Nacido en Alemania en el siglo 17 y difundido también en Inglaterra en los siglos 18 y 19^H, este movimiento complementario de la Reforma presentaba en sus varias corrientes los siguientes rasgos comunes: comprensión de la Biblia como palabra de Dios dirigida directamente a cada individuo; evidencia inmediata de las propias convicciones religiosas; aversión a la filosofía y teología teóricas, y énfasis en un cristianismo práctico que rechaza las tradiciones fijas; intenso sentido de comunidad, nacido de la experiencia de los «collegia pietatis»; y el concepto de la Iglesia como hermandad universal de todos los verdaderos hijos de Dios, más allá de toda frontera confesional, y por tanto invisible, cuyo vínculo de unión es la caridad bajo la acción del Espíritu Santo. Sus consecuencias en el protestantismo fueron: la exigencia de una mayor calificación ética y teológica de los ministros del culto, la lectura de la Biblia como base de la devoción popular, gran preocupación por la suerte de los pobres y los enfermos, y numerosas iniciativas para mejorar sus condiciones de vida, así como la promoción de organizaciones destinadas a preparar y enviar misioneros a otras regiones.

Un aspecto básico de la teología pietista era la angustia del pecador ante el Dios implacable del calvinismo¹⁵. Esta angustia se agravó aún más en América ante la vaguedad e inestabilidad de las instituciones sociales y políticas, y llegó a combinar la religiosidad individual con la preocupación teológica por los problemas sociales, aunque sin definir bien los límites. Así, puritanismo y pietismo ofrecían argumentos teológicos a las revoluciones de la historia americana y a sus campañas expansionistas.

2.5.3. *El Metodismo* de John Wesley, de cuyo origen y orientación se habló ya en el capítulo primero. De la misma línea es la fracción evangélica de la Iglesia anglicana (Low Church), con su fuerte acento en la lucha contra la miseria social y en la organización de sociedades bíblicas y misioneras.

2.5.4. *Diversos movimientos no conformistas* surgidos en Inglaterra, que combinaban el evangelismo, entendido en el sentido de difusión del Evangelio, con obras de caridad entre los meneste-

¹⁴ E liada, M.: 1987, Pietism; Urban/Wagner (ed), III/1, 71ss.

¹⁵ Bimbaum, TV., en: Meyer Th., 1989: Fundamentalismus, 123-154.

rosos. Tales fueron: el YMCA, para ayudar a la juventud, el «Ejército de Salvación» y la World Evangelical Fellowship (Alianza Evangelical), fundada en 1846 como órgano de coordinación mundial. Todos estos impulsos renovadores desarrollaron tal dinamismo, que, sin negar la preeminencia oficial del anglicanismo, Marsden no duda en afirmar que hacia mitad del siglo 19 el evangelicalismo era la forma más típica del protestantismo en Gran Bretaña.

Así se puede concluir que el protestantismo americano hereda ya del inglés un movimiento evangelical con estos tres elementos básicos: 1º gran fidelidad a la Reforma y a su herencia doctrinal, sobre todo en los dos puntos centrales, la justificación por la fe y la autoridad exclusiva de la Biblia; 2º énfasis pietista en la conversión personal y rechazo de toda discusión o profundización teológica como peligrosa para la seguridad de la fe; 3º obsesión evangelizados, propia de los movimientos nacidos del metodismo.

2.6. *Factores decisivos en la historia de los EE.UU*

Los americanos de los siglos 17 y 18 vivieron en su mayor parte conforme al ideal de los «padres peregrinos», organizando su mundo con la Biblia a la vista. Esta armonía sufrió sus primeras sacudidas bajo el influjo de la Ilustración europea, que pronto alcanzó también a las clases cultas de América, sobre todo a los juristas, a los comerciantes del norte y a los hacendados de sur. La Constitución, que provenía de esta élite, en parte abierta al progreso y en parte fiel al pensamiento de los antepasados, dejaba la puerta abierta a la modernidad, pero también a serios conflictos, ya que no tomaba posición definida en asuntos tan delicados como la esclavitud y la situación de las clases obreras marginadas.

El primer conflicto grave fue la guerra civil, que enfrentó a los estados del norte con los del sur, dejando como consecuencia en el protestantismo dos formas antagónicas de entender la fe cristiana: un protestantismo del «evangelio social» y otro que recalca la idea de una América ya redimida y entregada a Dios. Ambas corrientes se apoyaban en la tradición calvinista. Fue éste el ambiente en que se expandió la industrialización, se terminó la conquista del territorio y se dieron las grandes olas de inmigración de países católicos europeos.

Los problemas resultantes de estos hechos históricos llevaron a que en algunos círculos protestantes creciera más y más la idea

de que América no estaba aún redimida, como no lo estaba el resto del mundo, y en consecuencia a un movimiento de reprotentización de América y de intensificación de las misiones en el exterior. Pero, como era lógico, cada una de las tendencias descritas pretendía hacerlo según sus propios criterios. Los políticos, por su parte, ocupados con los problemas comerciales, se habían alejado considerablemente de los ideales religiosos de la primera generación.

Fue así como surgió una brecha entre los teólogos protestantes. Los más cultos compartían en general el optimismo y la fe en el progreso del país, que se juzgaba fruto del capitalismo. Para ellos, el progreso creciente, aunque no carecía de fallas, era prueba de la cercanía del Reino de Dios. El milenio del reinado de Cristo, esperado como preámbulo de su segunda venida, se estaba cumpliendo a ojos vistas.

Esta interpretación de la historia, conocida como «posmilenarismo», fue pronto rechazada por la mayor parte del protestantismo como demasiado optimista. Tales mayorías, que negaban la identificación del progreso y la cultura con el Reino de Dios y por tanto la idea de que América era ya una nación redimida, fueron las que se consideraron a sí mismas como *evangelicales*. Su concepto de la fe incluía tres convicciones centrales: 1ª los verdaderos cristianos son sólo aquellos que han tenido una experiencia personal de conversión, están resueltos a dar testimonio de ello y a convertir a otros; 2ª la verdadera fuente de la fe es la Biblia. Todo intento de reinterpretarla según los criterios de la investigación crítica es signo de apostasía de la fe; 3ª el retorno del Señor está próximo, y la máxima preocupación del creyente ha de ser prepararse a él. Tales principios les daban la sensación de continuidad con la teología pietista y por tanto con la verdadera Reforma, pero también la de estar rodeados de enemigos.

Se comprende así la afirmación de G. Marsden de que en la primera mitad del siglo 19 protestantismo y evangelicalismo eran en América casi sinónimos. La *versión americana* del protestantismo cristalizará paso a paso en las tres modalidades a que se refiere este capítulo, como sus formas más destacadas. Reflejando los ideales, aspiraciones y realizaciones de los colonos americanos, ellas constituyen un sistema de principios, valores y actitudes, construido por personas de distintas denominaciones a partir de la teología calvinista y la espiritualidad metodista, que representa una forma propia de concebir la relación con lo sobrenatural y con la sociedad.

Si se analizan los factores que contribuyeron a su ulterior desarrollo en terreno americano, hay que señalar además de estos principios doctrinales, que colocan la experiencia de la conversión, estrictamente personal y emocional, como el punto de partida de la vida cristiana, los tres siguientes: 1º el «Revivalismo» (o reavivamiento), que es una «técnica desarrollada para producir tal experiencia»¹⁶; 2º el Milenarismo, que constituye como un telón de fondo para la interpretación de la historia y las exigencias que de ella se derivan; y 3º algunas corrientes intelectuales críticas, que provocarán la reacción de los círculos conservadores más radicales. «Renacidos» (new born), es el nombre genérico que se aplican a sí mismos los miembros del protestantismo evangelical.

2.6.1. *El Revivalismo*

Es una técnica de conversión que se desarrolló en EUA en tres etapas. La primera fue más que todo un esfuerzo por reavivar desde dentro la doctrina calvinista de la justificación; fue iniciada en 1734 por el pastor Jonathan Edwards desde su parroquia de Northampton, y en poco tiempo entusiasmó a todas las colonias de inmigrantes. Produjo una ola de conversiones masivas («reviváis»), que él consideraba obra del Espíritu Santo; se habló entonces del primer gran despertar (First Great Awakening). La segunda, dirigida a recuperar a los alejados de la Iglesia en los campos y las ciudades, fue iniciada un siglo más tarde (década 1830) por otro pastor, Ch.G. Finney (1792-1835). Apartándose del concepto tradicional de misión, él declaró fin primario de la predicación el suscitar conversiones en masa, sin dar mucha importancia a los contenidos doctrinales. Estableció una serie de «nuevas medidas» técnicas para asegurar el éxito de esta especie de misiones populares, tales como semanas de evangelización, asambleas públicas para discutir los problemas religiosos de los asistentes, intervenciones espontáneas, reconocimiento público de culpas, uso intenso de la música etc. Pronto pasó a denunciar los problemas sociales, sobre todo la esclavitud y el abuso del alcohol, lo que dio a todo el movimiento un cariz democrático y antiintelectual. La tercera etapa, a mediados del siglo 19, fue iniciada por Dwight L. Moody (1837-1899), fundador del Instituto Bíblico de Chicago, con el intento de ganar las masas que empezaban a aglomerarse en las grandes ciudades. Veremos más adelante las premisas de que parte Moody y las consecuencias a que llega.

¹⁶ Hudson, W.: American Protestantism, 78.

2.6.2. *El Milenarismo*

Este movimiento, conocido desde los primeros tiempos del cristianismo, se refiere a la suerte de la humanidad al fin de los tiempos. Su punto de partida es el desenlace que el Apocalipsis (20, 2-7) prevé para poner fin a las angustias de los cristianos perseguidos, cuya suerte parece incompatible con el anuncio de Jesús de que el Reino de Dios comenzó en la tierra con la Encarnación. Este pasaje del Apocalipsis se completa luego con el capítulo 13 del mismo libro y Daniel 7, donde se habla de una bestia que personifica al Anticristo¹⁷. La idea de un reinado de Cristo en la tierra junto con sus elegidos antes del juicio final, es un elemento nuevo en la escatología cristiana, que no encuentra apoyo en ningún otro pasaje del NT, e incluso parece contradecir a 1 Cor 15, 20-28. Tampoco la tradición judía la conoce. Esto explica que la interpretación dada por San Agustín (De civ. Dei, 20, 7-9) se haya impuesto durante siglos en el cristianismo occidental. Para él los mil años indican un período indefinido y se refieren al tiempo de duración de la Iglesia, identificada con el Reino de Dios. Todo intento de explicar el texto en otra forma fue rechazado incluso por las iglesias tradicionales de la Reforma, luteranos, reformados y anglicanos.

Fue apenas desde el siglo 17 cuando la interpretación de este pasaje del Apocalipsis volvió a cobrar actualidad, primero en Inglaterra y luego en el continente europeo a través del pietismo, y ya en el siglo 18 se convirtió en uno de los motivos dominantes del Gran Despertar en USA. Pero su interpretación tuvo diversas modalidades. La primera y más antigua entendía el texto en el sentido de que una vez que el mundo lograra vivir en paz durante mil años, Cristo retornaría para juzgarlo y premiar a los elegidos. Esta interpretación, que constituía la base de la predicación de Finney, era el *Posmilenarismo* de que se habló antes, y fue el punto de partida para numerosas reformas espirituales y morales, con las cuales se buscaba acelerar la llegada del milenio en que el Evangelio se impondría en el mundo, y en consecuencia también el retorno subsiguiente de Cristo. Se organizaron campañas de misión, se promovieron asociaciones caritativas de voluntarios, se luchó en favor de reformas sociales y por la abolición de la esclavitud. Fue la etapa del «*evangelio social*», que estuvo acompañada de fervoroso patriotismo y de marcado anticatolicismo¹⁸.

¹⁷ Barr, J.: *Fundamentalism* (sólo edic. ingl.), 190ss.

¹⁸ EKL, Art. Chiliasmus; Eliade, M., 1987: Art. Millenarism; Huntington, D.,

Sin embargo, tal interpretación no tardó en ser considerada ingenua y utópica. La situación social, lejos de mejorar empeoraba de día en día, sobre todo a causa de la industrialización, que comenzaba a atraer multitudes a las grandes ciudades. Ante el temor de que las preocupaciones sociales tomaran demasiado auge en la Iglesia, se produjo entonces una fuerte reacción y se comenzó a insistir en el compromiso personal con Cristo y en la santificación individual, aunque sin renunciar del todo a ejercer influjo moral sobre la cultura. Líder de esta nueva orientación fue D.L. Moody. El, que como Finney tenía numerosos seguidores en América y en Gran Bretaña, desechó rotundamente el posmilenarismo de éste y su preocupación por reformas sociales para insistir más y más en la necesidad de rescatar lo posible antes de la catástrofe final.

El mundo era un barco que se hundía, y no quedaba ya demasiado tiempo. Según esta interpretación, conocida como *Premilenarismo*, el retorno de Cristo, y con él el fin de la historia, es un hecho inminente. Pero antes, los elegidos serán raptados por los aires, donde Cristo saldrá a su encuentro; la parte infiel de la humanidad será sometida, en cambio, a una gran tribulación durante siete años por obra del Anticristo. Vencido éste por Cristo al cabo de los siete años en una gran batalla (Armagedón), Cristo reinará en la tierra durante mil años con sus elegidos. Luego tendrá lugar el juicio final y comenzará la eternidad. El premilenarismo declara los escritos proféticos antes mencionados como el núcleo central de la Biblia, y define que en ellos no se describe otra cosa que la suerte de la humanidad en esta última etapa de la historia. Aunque en algunos detalles escatológicos hubiera aún divergencias de interpretación, la doctrina premilenarista representaba ya, según E. Sandeen,

un sorprendente grado de unanimidad: la fe en que la aceptación de la autoridad divina de la Escritura exigía que el fiel debe esperar el cumplimiento literal de todas las profecías; la fe de que el mundo caerá más y más en la corrupción y está próximo al juicio final; la fe de que Cristo, por fidelidad a su palabra, retornará a la tierra, y antes del milenio de su reinado devolverá el país de Palestina a los judíos

Comenzaba así una etapa de alienación del evangelicalismo, que se iría acentuando más y más. La única solución a los proble-

NACLA Repon, Jan/Febr 1984; *Lalive D'Epiny, Ch.* en Cuadernos de la realidad nacional, 14 (1972) y Concilium 1983, 46-57.

" Sandeen, E., 1970, 39; cf. Scherer-E. 34s.

mas sociales es la segunda venida de Cristo, y por eso todo el interés se centra en el testimonio personal del Evangelio y en la victoria individual sobre el pecado, y se declara como primera obligación cristiana el promover y sostener movimientos misioneros con tales objetivos. Esta corriente irá ganando más y más terreno, especialmente en la población marginada de las grandes ciudades, debido sobre todo a la fama de Moody como gran predicador revivalista.

Aunque el milenarismo haya sido socialmente progresista, incluso revolucionario en el siglo 17, en el siglo 20 es enfáticamente reaccionario ²⁰.

Pese a este giro, el evangelicalismo del siglo 19 es en su gran mayoría posmilenarista. Motivado por el optimismo, considera el mejoramiento progresivo del mundo como parte integrante de su tarea evangelizadora. Esta característica predominó hasta la primera guerra mundial (1914-1917) y tuvo por resultado la fundación de sociedades misioneras preocupadas no sólo de predicar el evangelio, sino también de rehacer la sociedad americana y luego el resto del mundo conforme a los ideales del evangelicalismo.

2.6.3. *Corrientes intelectuales críticas*

Este tercer factor tiene importancia decisiva, porque fue el que provocó el surgimiento del fundamentalismo y desató así el conflicto que ha dividido al evangelismo en dos corrientes hasta hoy irreconciliables. Se trata de la participación de algunos teólogos protestantes en dos movimientos intelectuales surgidos a fines del siglo 19: la teoría de la *evolución*, de Charles Darwin, aplicada a los orígenes no sólo de la humanidad sino incluso de la religión, y la *crítica* sobre el origen y naturaleza de la Biblia. La humanidad no habría sido creada como relata el Génesis, y la verdad no sería ya algo fijo y absoluto, sino que estaría sometida, al menos en parte, a los cambios culturales de cada época. La religión no era vista como verdad absoluta, revelada de una vez por todas bajo una forma única, sino que en ella se reflejaría el proceso de conocimiento de Dios adquirido gradualmente a través de las generaciones y una moral correspondiente a las diversas fases de tal proceso.

En cuanto a la Biblia, la crítica la presentaba como recuento

Barr, J., 1977 (edic. ingl.), 200.

de las experiencias religiosas de los hebreos. Con ello se ponía en duda la absoluta autoridad divina de la Escritura como única fuente de la doctrina de salvación y los principios absolutos de moralidad basados en ella. Esto produjo el efecto de un atentado contra las bases mismas del evangelicalismo. La mayoría de las denominaciones que habían sido las columnas de la *Alianza Evangelical* se dividieron, y los teólogos, calificados de «modernistas» y «liberales», hacían esfuerzos por acomodar la doctrina cristiana a las nuevas tesis científicas. La revelación del Reino de Dios no se concebía ahora como el anuncio de intervenciones sensacionales de Dios, sino como invitación a colaborar en el proceso natural de la civilización. El cristianismo, en consecuencia, no era tanto una enseñanza acerca de la salvación eterna después de la muerte, cuanto la revelación divina sobre cómo portarse y organizar la vida en este mundo. Algunos apoyaban claramente el *evangelio social*, favorable al pensamiento progresista, e incluso tesis del comunismo naciente, y pedían renunciar al individualismo propio del concepto de salvación anclado en el evangelicalismo. Como reacción contra todas estas tendencias surge entonces el fundamentalismo, que a su vez pasará por diversas etapas.

2.7. Organización

Sobra decir que en los EE.UU. es donde el evangelicalismo está mejor organizado. Centro principal de coordinación nacional es allí la National Association of Evangelicals (NAE), fundada en 1942 por el ala moderada del evangelicalismo y sostenida por unos 3.5 millones de miembros, y que ha servido de modelo para fundaciones análogas en otros países. La NAE desarrolla sus actividades a través de una serie de comisiones (publicidad, educación, familia y otras). Existe además gran número de organizaciones, sobre todo de orientación fundamentalista, destinadas a grupos determinados, tales como la *Campus Crusade for Christ* (Cruzada Estudiantil), fundada por Bill Bright en 1951 para ocuparse de los estudiantes en colegios y universidades dentro y fuera de EUA. A nivel mundial la organización central es la World Evangelical Fellowship (WEF), conocida internacionalmente como *Alianza Evangelical*. Donde el fundamentalismo no predomina aún, la WEF parece vivir un cierto proceso de cambio provocado por el influjo de las iglesias del Tercer Mundo: la insistencia tradicional casi exclusiva en la piedad personal, el testimonio mediante la actividad misionera y la autoridad exclusiva de la Biblia, coexiste, aunque sin perder su prioridad, con cierto énfasis en la

justicia social y la necesidad de una teología contextual. La WEF se reúne en asamblea general cada seis años.

Conclusiones

1. *Dos tendencias.* La doble línea que caracteriza al ME se expresa en tres campos: su teología es conservadora pero no siempre fundamentalista; la actitud frente al diálogo ecuménico puede ser de total rechazo o de apertura; los problemas de injusticia, opresión y discriminación comienzan a preocupar también a algunas comunidades evangelicales.

2. *Relaciones con el catolicismo.* Aquí se impone una distinción:

a) la Santa Sede, a través del Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad Cristiana (CPPUC), mantiene diálogo con el ME desde 1975, y después de varios encuentros sobre Escritura, Tradición, Sacramentos, Ministerios ordenados y naturaleza de la Iglesia, representantes de las respectivas comisiones elaboraron en 1984 un informe titulado *Evangelical-Roman Catholic Dialogue on Mission*. En él no se llegó a un acuerdo, porque no se puede hablar aún de «un compromiso común por el mismo evangelio»; sólo se señalan puntos de convergencia. El informe fue traducido al español y dado a conocer en A.L., reconociendo que el diálogo mutuo difiere mucho de región a región, y animando a las Iglesias locales a promoverlo ²¹.

b) En América Latina, el ME se niega a todo diálogo, y el informe del CPPUC señala la causa principal: el catolicismo de estos países, como el de Filipinas, es considerado por el ME como «altamente supersticioso, si no idolátrico». En otras palabras, este catolicismo no reúne las condiciones mínimas para ser considerado parte del cristianismo. Los dialogantes vaticanos esperan que las propias Iglesias locales demuestren lo contrario, sobre todo «compartiendo experiencias e información».

3. También con el Dr. Billy Graham ha habido contactos. El y sus colaboradores visitaron al Papa Juan Pablo II en enero de 1990, y se han hecho reuniones de consulta entre el «Comité de Lausana» y el CPPUC. Las relaciones se consideran sin embargo «asunto delicado» para ambas partes, porque de un lado el catoli-

²¹ The Pontifical Council For Promoting Christian Unity, Vatican City, Information Service n° 78 (1991) 168-171.

cismo tiene fuertes reservas frente a los principios teológicos del Dr. Graham, y además el ala fundamentalista del ME ha criticado muy fuertemente al Dr. Graham sus intentos de acercamiento al catolicismo, y de otro lado en varios países muchos católicos asisten a las campañas misioneras del Dr. Graham, y algunos de ellos declaran haber vuelto a la práctica de la fe como fruto de sus predicaciones. El Vaticano recomienda a los católicos intercambiar ideas entre sí sobre tales experiencias.

En marzo de 1993 el Dr. Graham llevó a cabo una gran misión en Alemania, transmitida por satélite desde la ciudad de Essen a más de 50 países. La conclusión de los católicos en general y de vastos círculos de la Iglesia Evangélica (luterana) de Alemania fue: la predicación del Dr. Graham es típica del movimiento «revivalista» americano, emocional, de excesiva orientación individualista y casi ciego a los problemas concretos del mundo actual. Representa una reducción del Evangelio por estas razones: a) fijación del mensaje en el infierno y el demonio, para ofrecer luego a «Jesús» como la solución, un Jesús que de los labios del predicador debe pasar al corazón de los oyentes; b) habla sólo de las relaciones del individuo con Dios, nunca de la relación de los hombres entre sí; c) su visión del mundo es dualista, simplista, conforme a criterios fundamentalistas; d) nunca ofrece argumentos, simplemente hace anuncios; e) el punto culminante de su mensaje es la entrega de la vida a Cristo, que los presentes deben declarar mediante un testimonio público en la sala. Queda la pregunta: ¿El verdadero cristiano es quien proclama su decisión por Jesús en tal clima de euforia? Es explicable que el Dr. Graham entusiasme a muchos, pero en opinión de sacerdotes y pastores de ambas Iglesias este tipo de evangelización no es el que necesita la sociedad de hoy. Son respuestas demasiado simplistas a problemas complejos. Los defensores del Dr. Graham arguyen, sin embargo, que él como «evangelista» sólo quiere ocuparse de las cuestiones básicas de la fe, dejando a los párrocos la aplicación a los problemas actuales.

4. Las relaciones entre catolicismo y ME son para Roma «delicadas y complejas», porque la Santa Sede reconoce que «el mundo evangelical (en sentido amplio) incluye cristianos que son anticatólicos, proselitistas, sectarios y movidos por intereses políticos... En los países donde el ala fundamentalista es la más fuerte, como en A.L., el diálogo ecuménico por parte de la Iglesia católica se hace psicológica y prácticamente muy difícil». De otra parte Roma reconoce también que entre los cristianos evangelicales hay

personas del más alto valor moral y espiritual, y sabe que de todos los «misioneros» cristianos actuales (bautizados que dejan su país para evangelizar en otras regiones), 50% son católicos y 45% evangélicos. En consecuencia se recomienda como ideal el tender a la cooperación, al menos mediante el intercambio de experiencias e información.

3. El Fundamentalismo. Proceso histórico

Al abordar el tema del fundamentalismo es necesario prevenir contra la tendencia a identificar este concepto simplemente con fanatismo y sectarismo, porque con ello se bloquearía de antemano el análisis científico de un fenómeno que es mucho más complejo. Dejando para el capítulo 5 un análisis de su identidad, conviene ver ahora su proceso de desarrollo histórico.

3.1. *¿Qué es el Fundamentalismo?*

Como fenómeno general, el fundamentalismo es hoy una tendencia dentro de las tradiciones judía, cristiana y musulmana, que suele estallar en reacciones más o menos violentas contra todo cambio cultural. Estudios psicológicos describen a sus adeptos más celosos como «personas autoritarias», es decir, como individuos que se sienten amenazados en un mundo dominado por poderes malignos en actitud permanente de conspiración, que piensan en términos simplistas y conforme a esquemas invariables, y que ante sus problemas se sienten atraídos por respuestas autoritarias y moralizantes. Cuando los cambios culturales alcanzan cierto grado crítico, tales individuos tienden a reunirse en movimientos radicales dentro de sus respectivas tradiciones religiosas²²).

En sentido estricto, se trata de una modalidad del protestantismo norteamericano, de una «subespecie del evangelicalismo» (Marsden). Por lo dicho ya sobre el evangelicalismo es comprensible una definición del fundamentalismo en los términos siguientes:

un movimiento protestante reciente, que tiene sus raíces en el siglo 19, se constituyó a principios del siglo 20, y en la década de 1920

²² *Arnold, Patrick M.: The Rise of Catholic Fundamentalism, en: AMERICA, 11. 4. 1987, 297ss.*

desató una controversia de fondo en diversas denominaciones americanas. Surgió como reacción contra corrientes sociales y teológicas que los fundamentalistas reúnen en los términos «liberalismo» y «modernismo», y en las cuales ellos ven una amenaza al cristianismo tradicional o la apostasía de él²³.

Fundamentalismo es un «evangelicalismo reaccionario»²⁴.

3.2. *Nombre y objetivos*

El término *Fundamentalismo* proviene de una serie de 12 folletos en los cuales 64 autores británicos, americanos y canadienses consignaron entre 1910 y 1915 los principios de fe del movimiento. La obra se tituló *The Fundamentals: A Testimony to the Truth*, y su edición fue financiada por Lyman Stewart, fundador de la «Unión Oil Company»²⁵). El, como otros petroleros y dueños de granjas que apoyaban generosamente a los fundamentalistas, consideraba su ayuda económica como una «inversión fructuosa contra el ‘evangelio social’». Principio básico de la obra era la inspiración verbal y la absoluta inerrancia de la Biblia. Para precisar este principio se mencionan otras cuatro verdades fundamentales: el nacimiento virginal y la resurrección corporal de Jesús, el valor expiatorio del sacrificio de Cristo y su retorno físico. Atendiendo sólo a estos «fundamentos», se podría decir que la diferencia esencial entre los fundamentalistas y los demás cristianos no está tanto en la doctrina, aparte del concepto de inspiración e inerrancia de la Biblia y de alguna diversidad de opiniones sobre los otros puntos, cuanto en la actitud global (Foley).

En efecto, los cinco «fundamentos» son sólo un «consenso mínimo» para formar un frente común contra la crítica bíblica moderna, la teología «liberal» y la reformista del «evangelio so-

« Scherer-Emunds, 1989, 27.

²⁴ Foley, Leonard, 1986, 16; sobre el desarrollo histórico del fundamentalismo ver, fuera de los autores citados en la nota 3: Sandeen, E.: Church History, Philadelphia, 36 (1968), 66-83; id., 1970; Jorstad, E., 1970; Barr, 1977; id., 1984; Rausch, D.: Fundamentalist Origins, en: Selvidge, M. (ed.), 1984: Fundamentalism Today. 11-20; AMERICA, 27.9.1986; Kodalle, K., 1988; Schdfer, H., 1988; Scherer-Emund, 1989; Meyer, Th., 1989: Fundamentalismus in der modernen Welt; Pfürtner, Stephan, Fundamentalismus. Die Flucht ins Radikale. Herder Freiburg, Basel, Wien 1991.

²⁵ Huntington, D.: NACLA Repon on the Americas, 1984, n° 1, 7.

cial», que eran los verdaderos motivos de la controversia. Se trataba de combatir todo y a todos los que eran causa de preocupación para los protestantes tradicionalistas, ante todo en las iglesias bautista y presbiteriana de los Estados del norte; hacer que EUA recuperara su identidad cristiana bíblica, que muchos evangélicos creían ya perdida, sobre todo a consecuencia de la primera guerra mundial; disipar los temores de revolución social, denunciando especialmente el peligro del comunismo; neutralizar el impacto social y moral producido por las inmigraciones de las últimas décadas, tanto más que con ellas habían llegado al país muchos católicos romanos. Símbolos de la ruina moral eran el evolucionismo, la crítica bíblica, el socialismo, el modernismo, el humanismo secularizante y el bolchevismo o comunismo ²⁶). La adhesión a los cinco fundamentos se convirtió «en un punto de referencia simbólico para la identificación del movimiento fundamentalista» ²⁷).

Tal controversia es según Marsden «un ejemplo clásico de un “conflicto de paradigmas” entre dos visiones diferentes del mundo» ²⁸), que partiendo de la crítica inevitable a la situación social, difieren radicalmente en la interpretación de la crisis y en las soluciones que proponen para superarla.

El *fundamentalismo*, de una parte, interpreta la crisis como señal de ruina moral. No hay otra solución que el arrepentimiento y la conversión individuales. La religión no puede aportar otra cosa que el anuncio del Evangelio como llamado a un cambio de actitud moral. Globalmente, el mundo no puede salvarse ni mejorar; está abocado irremediabilmente a la catástrofe apocalíptica. Dado su rechazo premilenarista del mundo y su concepto individualista y personalista de la religión, el fundamentalismo se declara apolítico; la crisis social y los demás acontecimientos actuales son sólo indicios del fin inminente, y de la religión no se puede deducir ninguna responsabilidad social.

El *Evangelio Social*, en cambio, que es el otro polo del conflicto y tiene como trasfondo la visión optimista de la historia, propia del posmilenarismo, ve el remedio de la crisis en medidas sociopolíticas, en una vida comunitaria que se rija por los principios de la doctrina social de Jesús. La religión no está sólo para

²⁶ Riesebrodt, en Kodalle, M.: 114s.

²⁷ Marsden, 1980, 119.

²⁸ Marsden, 1980, 214; Riesebrodt, 113s.

anunciar el Evangelio, sino debe crear además instituciones sociales bajo la responsabilidad de la Iglesia y contribuir a hacer surgir y avanzar una sociedad cristiana.

3.3. Orzgew y etapas de desarrollo

El proceso de desarrollo histórico del fundamentalismo se ha cumplido en varias etapas ²⁹, que se pueden reducir a las siguientes:

1: Conflicto intelectual religioso dentro del evangelicalismo americano, que culmina en la formación de dos corrientes opuestas, fundamentalista y «modernista»: fines del siglo 19 hasta 1918.

2: Lucha por imponerse como movimiento social en las instituciones oficiales, sobre todo en la educación; triunfo de los «modernistas» y eclipse parcial del fundamentalismo: 1918-1930.

3: Reorganización, caracterizada por rompimiento con las iglesias históricas tradicionales y división interna en: (neo)fundamentalistas (radicales), y (neo)evangelicales (moderados): 1930-1957.

4: Nueva fase de movilización militante, caracterizada por la coordinación de una vasta red de recursos, la entrada en escena de la «iglesia electrónica» y la participación abierta en la actividad política: inicios de la década 1960 hasta hoy.

En las páginas siguientes trataré de sintetizar los sucesos que marcaron cada una de estas etapas.

3.3.1. Primera etapa: conflicto teológico

En el siglo 19, la mayor parte de las iglesias protestantes históricas de los EE.UU. (episcopales, metodistas, presbiterianas y bautistas) se consideraban a sí mismas como «evangelicales», pero profesaban una escatología posmilenarista, es decir, creían que el protestantismo llevaría al milenio de paz predicho por el Apocalipsis. El mundo iría mejorando poco a poco, y luego tendría lugar el retorno de Cristo. La controversia fundamentalista surge en este ambiente como reacción contra las corrientes intelectuales críticas antes mencionadas, reuniendo en sí tanto las doctrinas más tradicionales del evangelicalismo como los últimos adelantos

²⁹ *Riesebrodt* distingue seis, pero ve las cinco primeras como fases de! período de organización: *Kodalle, M.*, 1988, 113.

del revivalismo en el siglo 19. Eran éstos: en el aspecto *organiza-tivo* la fundación de conferencias e institutos bíblicos en varias ciudades de los EEUU para la formación de personal activo del evangelicalismo (hoy existen más de 200 en todo el país), y en el aspecto *teológico* la teoría del «dispensacionalismo», una variante del premilenarismo, que, según sus autores, ofrece un esquema adecuado para interpretar toda la historia de la humanidad a partir de la Biblia y conforme al principio de la inspiración verbal³⁰).

En esta primera etapa se trata todavía de un conflicto entre teólogos evangélicos conservadores ³¹) y liberales de los estados del norte, en torno a tres cuestiones: la evolución, la inerrancia de la Biblia y la decisión entre posmilenarismo o premilenarismo, con la consiguiente afirmación o rechazo del compromiso social como parte de la misión. Los dos bandos se ponen pronto de acuerdo en condenar como «apostasía» la teoría de la evolución, y la polémica se centra en los otros dos temas. Todavía en 1899 un conocido profesor metodista, el Dr. S.P. Cadman, afirmaba durante un encuentro en Nueva York, y varios centenares de ministros metodistas lo aplaudían:

La absoluta inerrancia e infalibilidad de la Biblia no se pueden va sostener, entre hombres razonables. La mitad del A.T. es de autores desconocidos, y el N.T. contiene contradicciones»³²)

Sin embargo, la reacción airada de otros profesores metodistas logró que ya en los primeros años del siglo 20 se condenara todo ataque de este género a la Biblia. Entretanto se trabajaba ya en la redacción de *77?e Fundamentáís*. El tercer tema, el premilenarismo, tardaría algunos años más en imponerse como característica del fundamentalismo, pues aún en 1918 un profesor de N.T. de la universidad de Chicago hablaba del premilenarismo como de un «virus que había sido inyectado en las venas de numerosas gentes en varias denominaciones», y añadía que «sería negligencia traidora ignorar el detrimento que causa la propaganda premilenarista»³³) en una época en que América hace esfuerzos gigantescos

³⁰ Cf. sobre este tema, capítulo quinto.

³¹ *Conservador* significa: énfasis en claridad dogmática, obediencia estricta al ritual y (frecuentemente) cambio de formas gas de compromiso social por una moral de tipo individual: cf. *Birnbaur*n, *Der protestantische Fundamentalismus*, 150.

³² Citado por *Rausch, David: Fundamentalist Origins*, en: *Selvidge, M.* (ed.): *Fundamentalism Today*. 1984: 13.

³³ *Case, Shirley J.* *The Biblical World*, julio 1918, citado en *lvidge*, o. c. p. 14.

por hacer al mundo capaz de vivir la democracia. Los premilenaristas sin embargo no consideraban su posición como pesimismo ante el futuro del mundo; simplemente estaban convencidos de que la Biblia describía ya ese futuro, y ellos trataban de conformar su actitud a la profecía bíblica.

3.3.2. *Segunda etapa: movimiento social conservador*

En 1918 el conflicto pasa del terreno teológico al social, y adquiere carácter militante. Los fundamentalistas, que incluían aún a posmilenaristas y premilenaristas, inician una campaña conjunta contra la «apostasía doctrinal» (teoría de la evolución y métodos críticos de interpretación de la Biblia), con el fin de hacer excluir a los «apóstatas» de toda responsabilidad pública, sobre todo en el campo de la enseñanza escolar, para «salvar así la civilización americana, cuya base es la Biblia». Ellos partían de la convicción de que su teología coincidía con la voluntad de Dios. La confrontación llegó a su punto culminante en 1925 en el proceso contra John Scopes, llamado entonces irónicamente el «proceso de los monos». Scopes fue hallado culpable de enseñar la evolución en Tennessee, y más tarde absuelto, pero el movimiento se atrajo la burla de toda la nación y desapareció de la publicidad por cerca de 20 años. En esta etapa se hace la fusión de convicciones religiosas, morales y políticas que caracterizará el movimiento hasta hoy como extremadamente conservador y nacionalista. Como institución coordinadora se crea en 1919 la *World Christian Fundamentals Association*.

3.3.3. *Tercera etapa: decadencia y reorganización*

La derrota, sin embargo, fue sólo temporal, pues el fundamentalismo aprovechó el receso para robustecerse internamente y reestructurarse con base en los principios de la tradición revivalista y en un acrecentado nacionalismo religioso, que se presenta ahora como la alternativa contra el «liberalismo». Este y el bolchevismo, al que se considera su aliado y en el cual se empieza a ver la personificación del poder diabólico tras el triunfo de la revolución rusa (1917), sólo podrán ser derrotados demostrando «ciento por ciento de americanismo». Para Billy Sunday, portavoz del movimiento, «América es la única nación verdaderamente cristiana del mundo»^M). Se vuelve a insistir entonces en recuperar

^M Cf. Jorstad, E., 1970: 25.

a América mediante la evangelización, y se exige el rompimiento con los modernistas, liberales y moderados de todas las denominaciones. Gresham Machen, la figura más destacada del fundamentalismo después del fracaso de 1925, funda en 1929 el Westminster Theological Seminary en Philadelphia como centro de formación y promoción. A su lado descuella pronto su discípulo Carl McIntire, quien será el personaje clave de toda esta etapa.

Expulsados ambos de la iglesia presbiteriana a causa de sus actividades sectarias, McIntire funda en 1937, poco después de la muerte de Machen, la «Bible Presbyterian Church» como centro de la fracción radical, que adopta desde entonces el nombre de «fundamentalista» a manera de insignia contra los que se negaban a romper con sus respectivas denominaciones. Desde su nueva iglesia, McIntire y sus amigos lanzan su campaña, la «Twentieth Century Reformation», la verdadera Reforma protestante para hoy, pues sólo ellos se consideraban los representantes de Dios para salvar al cristianismo. Todos los demás eran apóstatas, incluso el Federal Council of Churches (FCC), la organización central de las iglesias históricas americanas. Tesis básica de la campaña era: «No queremos modernismo, pacifismo, comunismo! Queremos una América libre, como la palabra de Dios la pide»³⁵). A partir de aquí, el fundamentalismo constará de dos corrientes: una separatista y radical, guiada por McIntire y conocida en adelante como fundamentalismo de extrema derecha o ultrafundamentalismo, y la otra moderada y conciliadora, que prefería llamarse simplemente evangélica. Esta segunda buscaba poner fin a la polémica y construir un evangelismo positivo. La división cristalizó en la fundación de dos asociaciones respectivas: el *American Council of Christian Churches* (ACCC), en 1941, para el ala fundamentalista, y la *National Association of Evangelicals* (NAE), en 1942, que reunía a los moderados y admitía a pentecostales y otros grupos de denominaciones más tradicionales. Un intento de reunir las dos fracciones en 1942 fracasó.

Terminada la guerra mundial (1945), las dos fracciones intensifican su rivalidad, tratando de ganar el predominio. La más radical, en la cual empieza a destacarse la figura de Jerry Falwell, saca de la hecatombe recién terminada nuevos ingredientes para completar su plan de reformar a América, y reanuda sus ataques contra el catolicismo. En el mismo año McIntire insiste en que Amé-

³⁵ McIntire, C.: *Twentieth Century Reformation*, p. 217, citado por Jorstad 1970: 49.

rica debía hacer frente a una amenaza mortal no sólo de parte del comunismo, sino también del catolicismo, «una religión pagana, falsa, que esclaviza y encadena las almas de los hombres». El ala más moderada decide en cambio fundar un nuevo movimiento con el fin de limar las tensiones existentes y lograr una mayor apertura en todo el evangelismo. El nuevo movimiento, llamado Neo-evangelicalismo y luego «El Nuevo Evangelicalismo», no excluía a nadie, pero rechazaba para sus miembros el calificativo de fundamentalistas y aceptaba sólo el de «evangelicales». Su jefe era Billy Graham, un predicador revivalista capaz de entusiasmar a los americanos como ningún otro desde los tiempos de Dwight L. Moody (Jorstad).

Fracasado, sin embargo, el intento de superar la crisis, la ruptura definitiva se cumplió en 1957 con ocasión de la *New York Crusade* de Billy Graham. El y todo el Nuevo Evangelicalismo fueron calificados por McIntire de traidores, de ser «una victoria para el modernismo y la apostasía», y acusados de coexistencia con el comunismo.

El Nuevo Evangelicalismo, que en este momento era todavía la fracción mayoritaria, adquirió más y más dimensión internacional, hasta el punto de que en su Congreso Internacional de Lausana (1974) se reunieron más de 4000 participantes de 150 países, entre ellos mil del Tercer Mundo. En el movimiento se seguía insistiendo desde luego en la Biblia como única fuente de fe y se profesaba también el premilenarismo, pero al mismo tiempo se recalca la necesidad de buscar soluciones a los problemas sociales y políticos y de ayudar a los pobres y a toda víctima de la injusticia. Los participantes aprobaron una moción social que decía:

Aunque la reconciliación con el hombre no es reconciliación con Dios, ni la acción social es evangelización, ni la liberación política es salvación, nosotros afirmamos sin embargo que ambas cosas, evangelización y compromiso socio-político, son parte de nuestra obligación cristiana ³⁶).

La fracción fundamentalista, en cambio, que todavía era minoría, insistía en distanciarse de toda actividad política, porque, según lo expresaba J. Falwell en una prédica en 1965:

nosotros sabemos que nuestra única tarea en este mundo consiste en

³⁶ Christianity Today, Aug. 16, 1974, 23; cf. *NACLA Report* XXII 1988), 5 (sept/oct.), 31.

conocer a Cristo y anunciarlo. Cuando uno cree en la Biblia, como yo, no puede dejar de predicar a Jesucristo para hacer cualquier otra cosa, incluso combatir al comunismo o participar en reformas de derechos ciudadanos. Los predicadores no están llamados a ser políticos sino salvadores de almas ³⁷).

Esto no impedía sin embargo que los fundamentalistas organizaran al mismo tiempo campañas políticas contra el evolucionismo, el comunismo y el humanismo, o para promover el patriotismo, la «civilización cristiana» e incluso el sionismo. El movimiento iba a crecer rápidamente desde los años 60, y ya a mitad de la década de 1970, con J. Falwell a la cabeza, conquistaría el predominio indiscutible, a través de las «superiglesias» reunidas bajo el nombre común de Iglesia Electrónica, y gracias a nuevas circunstancias políticas favorables, que son características de la cuarta etapa. Para comprender el desarrollo ulterior es preciso sin embargo recordar dos hechos claves de esta tercera etapa: la fundación del Consejo Mundial de las Iglesias y el papel cumplido por el senador Joseph McCarthy en la política de los EE.UU.

El Consejo Mundial de las Iglesias (CMI)

El CMI fue fundado en Amsterdam en agosto de 1948 durante una reunión convocada para tal fin, en la cual participaron 351 delegados de 147 iglesias de 44 países. La intención era hacer de él un centro espiritual en servicio de la unidad, más que una superestructura. Su aparición fue recibida tanto por el ACCC como por la NAE con hostilidad. Ambos vieron en él un enemigo común, pues el CMI representaba la «amenaza más seria jamás surgida contra el cristianismo tradicional» ³⁸), ya que reunía en su seno a liberales, miembros de países comunistas, críticos del capitalismo y apóstatas militantes. No obstante, la NAE se negó a hacer con el ACCC frente común contra el CMI, y ante ello McIntire y sus seguidores fundaron, también en Amsterdam, el *International Council of Christian Churches* (ICCC) sobre las mismas bases doctrinales del ACCC. El debía ser el polo opuesto al CMI, «instrumento de Moscú y organización anticristiana». Se

³⁷ Según Fitzgerald, F., 1981: 63; cf. Scherer-Emunds, 1989: 20.

³⁸ Jorstad, 1970, 41.